

LA ESCUELA
COSTARRICENSE



EN ESTE NUMERO:
**COMPILACION DE LEYENDAS
DE COSTA RICA**
POR EL
P ROFESOR DON VICTOR LIZANO H.

11724 - IMPRENTA NACIONAL - 1936

BIBLIOTECA
NACIONAL

LA ESCUELA COSTARRICENSE

REVISTA PEDAGOGICA MENSUAL

Organo de la Secretaría de Educación Pública

Director: MOISES VINCENZI

AÑO IV	San José, C. R., 15 de marzo de 1936	Nº 36
--------	--------------------------------------	-------

COMPILACION DE LEYENDAS DE COSTA RICA

La Llorona

Nada más profundamente triste que esta leyenda de los siglos. Imposible sería olvidar la impresión que en mi espíritu naciente causaba esa esfinge de la Llorona aterradora.

Cuando un niño lloraba o se negaba a dormir en las noches tempestuosas de invierno, la niñera lo amenazaba con la Llorona, que era una mujer vieja entonces, joven cuando cometió el horrendo crimen que la convirtió en inmortal palpitación de dolor.

La Llorona es una madre, que en un momento de cobardía o de locura, quiso salvar su honor a costa de la vida de su hijo. Acabada de nacer la criatura, la sumergió en las aguas de un río, y una vez ahogada, abandonó el cadáver a merced de la corriente. En el mismo momento en que tan horrendo crimen consumaba, una voz misteriosa pronunció la eterna maldición, que sigue contra la madre desnaturalizada: "Vivirás llorando y buscando tu niño por los siglos de los siglos"... Y un gemido del hijo contestó: "Así será, maldita seas".

La tradición da por verificado este suceso en el año mil de la era cristiana, y por consiguiente, la incansable desventurada llora hace nueve siglos y continuamente. Por eso su rostro está surcado por dos cicatrices, por donde corren siempre, ya no lágrimas, sino sangre que mana de sus ojos. Los cabellos, que no le han sido cortados, desde que comió el horripilante crimen, le envuelven la cabeza y le cubren la cara formando un bosque de pelo apelmazado y lanoso; y las uñas, de más de una pulgada de largo, sólo le sirven para escudriñar las aguas sucias y barrialosas de los riachuelos y acequias de las poblaciones.

¡Cuántas veces mi inocente imaginación me hizo ver y oír esta errante dolorosa!

En efecto, a la edad de seis años yo había jurado sin vacilar que la Llorona me había besado y abrazado, pues una noche se acercó a mi casa un muchacho que vendía elotes cocidos. Verlos y exigir que se me regalara una o dos de tan apetitosas mazorcas, fué una sola cosa. La niñera se negó rotundamente a satisfacer mis caprichos, alegando que los elotes eran dañinos e indigestos a esas horas. Yo persistí y grité, y mordí a la prudente criada, quien por fin apeló al gran argumento: la Llorona. Se me notificó que si seguía gritando llamarían a ese espantajo; mas yo, que no tenía seguridad de su existencia, no hice caso de la amenaza. Estaba en lo mejor de mis furores, cuando vi entrar a la alcoba a una vieja con el pelo en desorden dando unas gemidos espantosos. "Llévate este niño, Llorona", dijo mi nodriza, y me puso en los brazos de la vieja, que me

dió varios besos, fingiendo que lloraba. Por supuesto, que yo no tuve valor para mirar de frente aquella fatídica aparición... hasta la facultad de gritar perdí desde que me sentí en poder de la Llorona. Apenas pude lanzar al viento la frase que consideré mi salvación, y con voz temblorosa grité: "No quiero elotes, nunca más elotes"... El remedio fué efectivo, porque al oír mi palinodia, me pasaron de los brazos de la Llorona a los de mi "china".

Desde esa representación tan a lo vivo, creí firmemente en la existencia de la inmortal Llorona, y fué santo remedio para todos mis caprichos, la amenaza de sus besos y abrazos.

(De "Costa Rica Pintoresca").

La Cegua

Ñor Piyayo

El pobre viejo sentíase abatido bajo el peso de mis argumentos.

Yo sonreía maliciosamente, saboreando la crueldad del vencimiento, cuando su buena naturaleza, sencilla y crédula, reaccionó.

Chupó con viveza el tabaco que tenía entre las dientes y sostuvo con mayor fuerza su tesis.

Iba yo a cometer la villanía de convencer a un hombre de que no existen espantos y cosas sobrenaturales, de que éstos son sueños, para que luego su fantasía hallase triste y escueta esta realidad huérfana de ensueño.

Todos estos cuentos y decires son hilitos de ensueño y el alma necesita irlos urdiendo para hacer su capullo.

El amor es lo que más hace a los hombres acercarse a Dios, precisamente porque los hace soñar. La poesía, la música, todo lo que es belleza es obra de amor, esto es, de ensueño.

Cuando el alma se desnuda del ensueño se asfixia, no encuentra nada amable y es cruel y es mezquina.

Salióme al paso a defender su poquillo de ensueño.

—Pos vea, Don Luis, Ud. es mestro y sabrá mucho, pero lo que es yo sigo creyendo en los espan-

tos. Es que a Ud. no le ha tocado avocase con uno, pero el día que se lo tope lo voy a ver si no pára la manta.

—Pero si ésa es mi porfía, ñor Ceferino, que los que hablan de aparecidos no los han visto nunca.

—Eso no, porque a mí no es que me haigan echao el cuento, es que me tocó ver la cosa más fea que se ha visto en Heredia.

—¿El Padre sin cabeza?

—No. Vea, eso no lo he llegao a ver.

—¿La carreta sin bueyes?

—Tampoco.

—¿Entonces?

—La Cegua.

—Hombre, tiene gracia!

—Pos la tendrá y Ud. lo toma a chanza y viene con risitas, pero yo no miento y yo la vide con estos mismos ojos que se han de comer la tierra.

—Haber, cuente, cuente.

—Pa qué, si Ud. la pica de ser muy estruído y decir que son puras yucas. Pero por éstas, que es la pura y limpia. Y el buen viejo besaba las cruces de sus dedos doblados, para asegurarme que no mentía.

—Pero si Ud. ha sido siempre un hombre formal, según me cuentan.

—¿Y eso qué tiene, Patrón?

—Dicen que la Cegua sale sólo a los trasnochadores, cuando vienen de jarana, a altas horas.

—Ésaito, cuando uno anda parrandiando, sobre todo si se ha jupiao un poquito, go anda rodando el dao, go persiguiendo naguas pa bolaos.

—¿Y qué hace la Cegua?

—Ah caracho! Ése es el espanto fregao. Se le aparece al cristiano en forma de una muchacha muy bonita y se le ampara al lao a metele conversación y a enamoralo con risitas y vainas. Cuando uno menos se percata, pega tamaño brinco y se le encaja en chirraca, si va a pata, o enancas si va a caballo.

—Pero siendo una moza bonita . . .

—Ésa es la vaina, que apenas pega el brinco se muda toítica. La tarasca se le hace grande como un chiverre, los ojos se le ponen coloraos, como brasas, y pela unos dientes mesmamente que los de una yegua.

—Demonio!

—Entonces es que el más pintao se suelta en un temblor y arranca a juír.

—Y cuándo se le apareció a Ud. ñor Ceferino?

—No, a mí no se me apareció, pa qué voy a engañarlo, y Dios quiera que no se me aparezca en lo que me falta de vivir.

—Entonces, ya ve . . .

—Pero es que yo la vide.

—¿Pues cómo es eso? ¿A quién se le apareció?

—A naide.

—No me explico.

El viejo se puso en pie, volvió a encender el tabaco, echó una saliva fuera de la puerta, y me puso la mano sobre el hombro, como seguro ya de ir venciendo mi descreimiento.

—Pos ya verá. A mí me tocó vela cuando estaba echada atisbando el tan tan de las doces, que es cuando sale a hacer las galanas.

—Hombre, eso me interesa.

—Y vea Ud. si es condenita. Sabe ónde me tocó vela?

—No lo sé.

—No se lo imagina Ud. Allí ...

Y el dedo rígido señalaba resuelto.

—¿En la Iglesia del Carmen?

—Sí señor. Pa que vea que no es mentira. ¡Iba yo a levantale ese falso a la mismita Virgen del Carmen ...!

Los ojillos pequeñines de Ñor Ceferino, se avivaron sobre su rostro cetrino, como lamparitas incandescentes que se abriesen en un cuarto oscuro.

Yo vi en ellos asomar una alegre satisfacción, como si me dijeran: con que no cree en espantos el hombre instruído? Tate allá, que lo voy a convencer.

Vea, patrón, no había nació Ud. Tal vez ni su tata. Entonces estaban haciendo la Ilesia.

No habían puertas y cerraban los boquetes con tablas. El zinz era toavía muy descaso. Los muchachos venían de noche a sainear al frente. Había por todas partes montones de piedra y de arena y alfajillas y tablas. Jugábamos escondío metiéndonos entre los materiales o contábamos cuentos sentaos sobre dellos.

Dende esa vez naide volvió a acercarse allí. Antes era custión de todas las noches. La cosa jue que una noche oyimos un ruido muy feo entre la iglesia. Como a moda de bramío.

—Oyí qué ruido, dijo Lico Rodríguez.

Todos paramos la oreja.

Al ratito otra vez el bramío.

—¡A carastas! ¿Sabe que adentro hay alguna vaca?

—Y juimos y los asomamos por una endija de las tablas.

Entonces acababa de llegar el ladrillo pal mosaico y habían dos ringleras de barriles grandotes dende abajo hasta arriba, unos encima de otros, de modo que apenas quedaba un pasadizo entre ellos.

Estábamos tirando ojo, cuando suena otro berrió y vamos viendo lo que era.

El viejo Ceferino hacía los más vivos aspavientos y traducía en ellos tal emoción que yo, sin quererlo, iba empezando a creer que de veras había visto la Cegua.

—¿Qué vieron? ¿Qué vieron?

Inquiría mi curiosidad aguijoneada.

—Amigo, tuavía al acordame se me espelurna tuitico el cuerpo, de la cintura pa arriba. Esa noche se nos paró el pelo y salimos esmanchaos.

Pero, ¿qué vieron?

—En el fondo del pasadizo estaba arrodajao un gran bulto negro.

—¡Esa es la Cegua!—dijo Lico Rodríguez con la voz asustada.

Y al dicilo, los ojos del bulto se prendieron en la oscuridá como dos candelas.

Con el cuajo en los talones arrancamos y llegamos, sin resuello, a la casa de Ñor Piyayo.

El era el sacristán y vivía como a cincuenta varas. ¿Sabe ónde?

—No lo sé.

—En esa casita que jue del mestro Aguilar, allí pegao a don José María Morales.

—Ñor Piyayo; venimos a avisale que la Cegua anda por la iglesia.

El viejillo dijo voy de rise.

—No sean tontos ni vengan con inorancias.

—Pos venga y la verá.

El se puso a ispianos y al venos más blancos que un papel, esmadejaos y con tamaño barbiquejo, empezó a crenos.

—Vamos a ver qué es lo que hay.

Se metió a la casa y salió con un garrote y una linterna.

—¡Vamos!

De pronto se volvió, abrió el cofre, sacó un escapulario y se lo puso.

—Por si es cosa mala

Los vinimos. Ñor Piyayo se asomó por el güequito y va viendo aquella temeridá.

—Hombre, tiene razón, vean qué vaina. Y hay que echarla ajuera de cualesquier manera porque si no se jatea y va a salar la iglesia.

—¿Y cómo viene a la iglesia siendo cosa mala?

Porque toavía no está bendita y la gana es ésa, jatease pa que la dejen a medio palo.

Ñor Piyayo era un hombrecillo delgadillo y seco, pero no era pendejo.

—Vamos a entrar todos, uno detrás de otro, nos dijo, y jue disponiendo.

—Yo voy alante con la linterna y este palo; pero ninguno se quede ajuera. ¡Hay que tener opinión!

Todos ustedes hagan la Señal de la Santa Cruz y no lo deshagan por nada. Onde la Cegua vea la señal de la Cruz, deviaje se amuina.

Si alguno tre cigarros, go puros, bótelos y si tienen escapulario pónganselo encima de la camisa para que lo vea.

Con todas las alvertencias acatadas, poquito a poco, pasito a paso, con el resuello parao y muriéndolos de miedo, los cuatro muchachos los juimos detrás de Ñor Piyayo.

—¿Sabe quién iba con losotros?

—Don Tranquilino Saiz.

Pregúntele pa que vea que no es mentira. Estaba chiquitillo y casi se jiela del susto. Ñor Piyayo iba alantico, pero deviaje se le veía que no iba muy cómodo.

—¿Vienen todos? Me dijo con la voz temblándole y se ispió el escapulario pa ver si iba bien ajuera.

* * *

El bulto negro seguía echao en el fin del pasadizo de los barriles. De pronto vido la linterna, los palos y el tropel y antes de que la acorralaran resolvió zafase. Jue cosa de decir y hacer la mesma. Se levantó y se le tiró a Ñor Piyayo. Se lo apió al suelo y le pasó por encima. La linterna se apagó, quedamos en tinieblas y la bandida alimalía pasó como un rayo, pegando bufíos. Yo me hice un puño cerca de un barril y no me di cuenta de lo demás. A mí no me tocó.

Cuando los juimos reponiendo del sustazo y a oscuras los juimos llamando y tentando, jue que los dimos cuenta de todo.

Ñor Piyayo estaba en el suelo volcao como un muerto. Ni hablaba ni se meniaba. Corrimos a lla-

mar gente y se lo llevaron para la casa cuasi dijunto. Apenas boquiaba.

—¿Y se murió?

—No, patrón, pero quedó tullío y nunca volvió a tener habla.

—¿Ud. había oído contar el cuento?

Quedó impedío y mudo pa sécula.

—Sí, lo había oído y también el final, Ñor Ceferino.

—¿Cuál final?

—Que luego averiguaron que el animal que le dió tamaño susto, era una vaca negra y brava que tenía don Joaquín Fonseca.

—¡Que me lo vengan a decir a mí! Sí, dijeron eso endespúes, pero yo que la vide, con mis propios ojos, puedo jurarlo por estas cruces.

—Lástima que Ñor Piyayo no hubiera podío decir nada pa que se hubieran convencío.

—¿Ud. cree que iba a fregarse deviaje por una vaca?

Era la Cegua en persona.

(De "Rosa Mística").

Los Duendes

No hay un solo tico que no haya oído hablar alguna vez de los duendes, de esos hombres en miniatura con los que las madres amedrentan a sus niños, diciéndoles: "Te van a llevar los duendes por andariego".

En mi infancia estos sujetos eran toda mi pesadilla y siempre andaba con la paja tras la oreja temeroso de encontrarme con ellos.

Los duendes son unos hombres que miden más o menos medio metro de altura, que visten lujosamente, usando trajes de colores chillantes y una especie de boina grande en vez de sombrero. Casi siempre andan todos juntos, pero tampoco es raro ver a uno de ellos solo. Y son más patas calientes que las codornices, pues andan por los potreros, se presentan en los cafetales o ya bien en los solitarios caminos, sin importarles un comino que sea de noche o de día, para vagabundear.

Cuando visitan alguna casa se hacen invisibles, y son más molestos que un fuerte dolor de cabeza, pues mortifican a los pobres inquilinos echándoles porquerías en las comidas o apagando el fuego; tiran tizones ardiendo, tiestos, granos de maíz y todo cuanto encuentran a mano. Y los animales domésticos tampoco están exentos de sus pillerías, a los que corretean de día y de noche, haciéndolos gritar y pasar ratos angustiosos.

Pero a los que ellos persiguen con más empeño es a los niños de poca edad, los que engañan con confituras, enseñándoles bonitos objetos u otras cosas sugestivas; de este modo los van alejando de sus hogares hasta perderlos lo más lejos que pueden. Si el niño se resiste y no los sigue por las buenas, se los llevan por la fuerza, aunque grite, llore o patée.

Un amigo mío—persona de alguna ilustración y sobre todo digna de crédito—me contó que una noche, yendo él a caballo para Atenas acompañado de otra persona, vieron saltar de un pretil a un chiquito. Ambos se extrañaron de ver aquella figurita en aquel lugar tan solitario y en horas tan inoportunas; aminoraron el paso de las bestias para preguntarle que para dónde caminaba.

—Voy a un mandadito—les contestó el chiquillo.

Los dos jinetes apuraron el paso de las bestias y a pesar de esto, el mocoso los seguía a una misma distancia, caminando por entre los montazales y obstáculos del camino, con una ligereza increíble.

Aquel fenómeno les puso la carne de gallina y desde luego se abstuvieron de mirar para atrás; y cuando más adelante se resolvieron a volver la vista, por curiosidad, ya el muchacho había desaparecido.

Algo parecido al anterior relato me refirió un maestro de escuela de la Ciudad de las Flores, cuyo nombre me reservo.

En la bella y pintoresca villa de Barba, en cierta ocasión desaparecióse un niño de un señor Montero; sus acongojados padres le buscaron por todas partes infructuosamente; hasta que unos vecinos que

también andaban en su busca, lograron, después de muchas pesquizas, hallar al infeliz, perdido desde hacía ya dos días, quien estaba en un potrero lejano de la población. Al ser interrogado de cómo había llegado allí, contestó que unos chiquitos se lo habían llevado dándole confites y enseñándole juguetes; pero que una vez que ya estaban lejos del pueblo, ellos lo pellizcaban y lo molestaban de mil maneras, y mientras él lloraba, aquella caterva de chiquillos reía y bailaba.

Este suceso fué muy comentado en aquel lugar, y que por cierto es digno de estudiarse por lo misterioso.

Y cosa rara!... Para ahuyentar de una casa a los duendes, aconsejan los que saben de estas cosas, poner un baile bien "encandilao" con música bien "zambroteada".

Si hemos de creer lo que nos cuenta Ñor Feliciano, otra yuca más de tantas que nos ha enflautado, los duendes pierden también a las personas mayores.

Oigámoslo:

—“Una vez salí muy escurito de Río Segundo pa' agarrar la máquina que pasaba por San Antonio a las nueve y media; asina era que tenía mucho tiempo, pues de Río Segundo a San Antonio se las pone uno en media hora descasita. Al pasar por La Ribera, cerca de un topeteo de calles, vide un atolladero, y por no embarrialame, me metí por entre un cerco pa' salir más alante. No eran más de diez varas lo que deseché para volver a caer a la misma calle por onde iba. Seguí bolando pata y ¡carastas!,

no llegaba a San Antonio. M'extrañó, sí, quel camino que llevaba pa yo era desconocido, cuando toíticos aquellos lugares los conocía como estas manos. Seguí jalando terreno con lintención de llegar de cualquier manera pa no perder la máquina y ¡hombre, no joda...! cuando me vide jué completamente desorientado. Caminaba palante, pegaba con una cerca de piñuelas; cogía atrás, mestacaba en unos alambres; buscaba salía pa un lao, menredaba en una gran chamarrasca; buscaba el otro lao, me atajaba una zanja. Yo estaba desconsolao y viendo que no podía salir de aquel enredo, me senté en un tronco de poró a descansar. Al mucho rato se acabó toda aquella vaina, toda aquella papelada, pa decilo más claro; entonces vide el camino. ¿Y saben ustedes dónde estaba?, pues casi llegando a San Francisco.

Me paré, y a toda pareja cogí para atrás; y ya me faltaba poco para llegar a la estación cuando oí pitar la máquina. Yo le hacía de señas, le chiflaba y le gritaba al que la manijaba, pero onde que el condenao que la manijaba quiso pararla para encajarme. Tuve que esperame hasta otro día por culpa de los confisgaos duendes, porque no jueron otros los que se rieran de yo.

(“Diario de Costa Rica”).

La Carreta sin Bueyes

Este terrible fantasma sale apenas anochece a recorrer las calles que le marca su itinerario: haya luna o no, haya mucha o poca gente por las calles; y con una velocidad tan admirable, sus ruedas traqueteando de un modo infernal se abre paso sin reparar por dónde va ni a quién atropella, si no se le deja la vía expedita. No se ven bueyes que la arrastren, ni tampoco boyeros que la dirijan, pero adentro va el mismo "pisuicas", manejándola con tal destreza, que ya se la tomaran muchos choferes titulados.

Dicha carreta recorre únicamente las calles por donde viven amancebados, escandalosamente libertinos, o ya bien matrimonios que diariamente están como perros y gatos. Así demuestra Tatica Dios su desagrado a esos mortales de mal vivir, para que se corrijan y busquen el buen sendero. Para eso ha sido enviada la "carreta sin bueyes" a este valle de lágrimas. En cierta ocasión dió en aparecer este hermoso fantasma por las calles de . . . produciendo tanto espanto entre los habitantes de aquel lugar, que apenas anochece nadie se aventuraba a salir de su casa por temor de encontrarse con ella.

Voy a edificar una historia espeluznante que me refirió Ñor Feliciano, persona bastante erudita en estas cosas de espantos.

"Cuando murió la finada Rafaela Gallina—que asina la llamaban por jodela—me encontraba yo en

la vela, que estuvo muy riata por cierto; había mucha comedera, chirrite hasta para tirar para arriba y un gentiambre que cuasi no cabíamos en la salilla, pus los tatas de la finada dijunta tenían alguillo de qué echar mano.

Entonces yo estaba muy enamorado de Pilar, una mechudilla de Ñor Estanislao Carvajal; y como la muchacha estaba en el acompañó, yo estaba hecho una pura payasada y una sola repugnancia, ¡hombre! nada más que por congraciame con ella. Si vieran cuánto me costó para que esta muchacha me quisiera al principio. Le atoyé polvos de cuyeó, y nada. Le dí polvos de cacho de cornizuelo, tampoco; lico cuanto me decían, sin escición del secreto del pizote solo, y la mesma. Hasta que una vieja bruja de Escasú me dijo que hiciera un muñeco de chuicas, lo llenara de alfileres y que después—al puro tán tán de las doce del día—lo aventara al tejao de la casa de Ñor Estanislao.

Asina lo hice. Desde entonces la pobrecilla andaba detrasito de yo, mesmamente que si fuera una perrita. Pero hizo la gran baina que una confisgadísima vieja lenguona, vecina de ellos, se dió cuenta de cuando yo tiré el muñequillo a las tejas.

En la mañana del mesmo día del velorio, se le jue antojando a mi suegro encajarse al tejao a coger unas goteras y dió con la cochinada con que yo tenía amarrada a Pilar. En el auto se bajó muy bravo y le entregó a la muchacha el mentao muñequito. Al gran alboroto que hicieron llegó la condenilla vieja y les puso en pico que yo había sido el de la chanchada. Cuando yo estaba de lo más tranquilo

en la vela, onde que yó estaba sabiendo lo que pasaba.

De pronto salió la muchacha como un cohete, y como para asariame se puso a enseñar la cochina-da a toditica la gente; en seguida me reventó el muñeco de chuicas en la cara, diciéndome: "Yo no quiero a su estampa, patas, descarao".

Dende aquel momento me fué cogiendo una ostinación muy fea de la cabanga; desiaba como estar en un retiro, solo, íngrimo. O como sacar la cutachilla y dárme las con todos los de la vela para que salieran de yo, o de matame yo mesmo y de quitarme de esta vida tan desgraciada.

En aquel tiempo era fregadera de todas las noches salir La Carreta sin Bueyes. Apenas el rezador rezó lo que rezó, dijo: "Muchachos, ya son las doces, lora que pasa la carreta sin güeyes". En el auto se levantó del escaño Ñor Jacinto Jara, un cholillo muy valiente y gritó: "Cuál de tantos mamitas que hay aquí, quiere acompañame pa que vayamos a atajar la carreta sin güeyes?"

—Yo voy, carastas! le contesté (hombre, de puro ostinao). Todas las mujeres se prendieron de nosotros pa que no juéramos; trancaron todas las puertas y ventanas, y suplicanos jue no suplicanos. Las hicimos un lao, arrempujamos la puerta, nos brincamos la tranquera, jalamos las crucetas palante, nos persinamos un chorro de veces, y cogimos calle arriba en un solo grito y una sola rajadera, por la callecilla por onde acostumbra a salir la mentada carreta.

A poquito de andar oyimos un turún tún onde venía. Jacinto como que quiso aflojar, pero yo lo alenté diciéndole: “¿No cargás calzones, pendejo?; vamos a atajala de cualquier manera, aunque nos joda”. A él le entró calorcillo y cogió la delantera.

Cuando la vimos venir a toítica pareja questa que levantaba polvo!... A yo se me aflojaron las canillas y sentí una cosilla muy fea por todo el espinazo.

No supe aquioras me tiré por unas piñuelas, y asina con los pieses estacados seguí juyendo por entre los cercos. La chaquetilla lize rajás en los picos de los palos; el chonete lo dejé botao y los calzones se mesguavilaron en unos alambres.

Por fin llegué a la vela. Me preguntaron qué tenía, y onde que yo podía manejar la lengua; hasta que me atollaron el tanto de una cuarta de fierrillo y me flotaron la nuque con mostaza, injundia y miel de palo, entonces pude platicar y contar la manganeta que nos había pasao. Como era ya tarde y Jacinto no se asomaba, se jueron unos cuantos a buscalo. Al ratico llegaron con él en brazos, más pálido que un dijunto, con la vista parada y tieso como un garrote.

Y esa mesma noche llegó Tata Padre a olialo y el dautor a hacele mil deligencias; y estuvo muchos días volcao en cama si era de desta o de lotra, hasta que por fin se levantó, pero quedó con un ojo torció y tartamudo pa toítica la vida.

(“Diario de Costa Rica”).

La Piedra del Encanto de la Carpintera

Era Presidente de la República don Braulio Carrillo; su gobierno revistió el carácter de dictadura, y los pueblos no estaban contentos. Así la situación fué aprovechada por el General Francisco Morazán, caudillo de la Unión Centroamericana, a quien había hecho fracasar derrotándolo el General Carrera, Presidente de Guatemala. Morazán invadió a Costa Rica y el descontento existente contra el Gobierno le fué favorable para derrocar el Gobierno de Carrillo. Sucedió esto en abril de 1842. El pueblo costarricense contento por quitarse de encima la dictadura enérgica de Carrillo recibió con alegría a Morazán. Pero como el propósito de éste era realizar el ideal de la Unión Centroamericana pronto empezó a tomar sus disposiciones para efectuarla. Además de la reclutación de soldados impuso contribución forzosa para reunir fondos para la empresa. Pero la índole pacífica del costarricense, su tradicional abstención en los asuntos de otros países y el celo con que defiende sus haberes lo hizo sublevarse, y el General Morazán se vió obligado a huir de San José a Cartago donde fué ocultado por una señora amiga, doña Anacleto Arnesto, mujer varonil, entusiasta partidaria de la unión centroamericana. Pero los rebeldes lograron capturar al fugitivo, lo condujeron a San José y luego lo fusilaron.

Tiempo después se habló de un capital o dinero que el General Morazán tenía dispuesto para la empresa, dinero que se decía llevado en su fuga a Cartago. Conocida la entereza, entusiasmo y discreción de la señora Arnesto, se supuso que esta señora lo tenía oculto y destinado siempre para el mismo objeto. Doña Anacleto desapareció del escenario de la vida sin haber aludido jamás al referido capital; pronto la imaginación popular se dió a la tarea de señalar sitio donde ese tesoro estaba oculto, y construyendo o reconstruyendo la forma cómo fué ocultado, se dijo que la señora Arnesto, al ocultar al General fugitivo, temerosa de que esos fondos fueran a parar a manos de los sublevados, envió a uno de sus servidores de confianza a que los ocultara en lugar seguro; el fiel servidor halló o ya conocía un escondite apropiado en el cerro de La Carpintera, y allí lo depositó.

La codicia, una de las flaquezas de la condición humana, tocó en el corazón de muchos, quienes recorrieron esos parajes infructuosamente, y probablemente dieron con una gran piedra que sobresale de las malezas y un gran hueco debajo de ella, pero vacío.

La mente humana, que casi siempre halla recursos para excusar sus extravíos, les hizo formar la idea de que ya el tesoro había sido extraído, y los supersticiosos lo atribuyen a obra de los espíritus.

Esa piedra cubre a manera de cielo una oquedad de regular profundidad en forma de galería; su entrada está cubierta de malezas, sus paredes lo mismo que en el fondo, son negras, destilan agua

por todas partes. Sirve de albergue a centenares de murciélagos y arañas negras de cuerpo diminuto y patas larguísimas, que se estremecen temblorosamente con sólo la corriente de aire. Al penetrar en ella tiene aspecto tétrico. Como se ve, la gruta está rodeada de algo misterioso y se dice que a ciertas horas del día sale de dentro de la gruta un gallito muy pequeño a cantar y luego ocúltase y que el 25 de diciembre, el día de la alegría del mundo cristiano, la gruta se anima y corren por su interior bolas de fuego. Por eso se llama "La Piedra del Encanto".

R. M. QUESADA

La Piedra de San Miguel

Escasú es, por su posición, una de las ciudades mejor situadas de Costa Rica. Es semejante a un inmenso jardín, donde se cultivan las flores propias de un edén.

No carece de leyendas interesantes: la del "encanto de la piedra de San Miguel" es quizá la principal y más conocida por los habitantes del lugar. Esta piedra está situada en un cerro que lleva el nombre de Cerro de San Miguel y que queda en dirección S. E., poco más o menos a tres kilómetros de la población. En esa piedra instaló su vivienda una bruja llamada Ña Zárate, allá por el año de 1823.

Esta era una india vieja y fea en demasía, cuyo alimento consistía en guineos y asaduras de res y cerdo, y su vicio predilecto: el tabaco. Su familia la integraban un hijo, una lora y un gato; el hijo era el modelo perfecto de la fealdad, pero poseía una cualidad que lo hacía ser apreciado por las gentes de aquellos tiempos: el ser inmensamente rico, como lo veremos después. La lora era otro miembro interesante; de día y de noche cuidaba con solicitud singular de la piedra y de la vieja, y tan pronto como advertía la presencia de algún ser humano lo avisaba a su dueña. El gato le ayudaba a la bruja a comer y, además, tenía en jaque a todos los ratones que habitaban aquellos contornos y más de una vez midió su agilidad y fuerzas con las serpientes que

osaban penetrar en los dominios de su ama. Ña Zárate pocos quehaceres tenía, y esa circunstancia permitíale hacer frecuentes visitas a los pueblos de Escasú y Santa Ana, donde contaba con muchas amistades y gozaba de la simpatía general, pues tenía fama de ser curandera acreditada y dadivosa, por añadidura, con las personas que le brindaban su amistad y de cuando en vez la visitaban.

Las visitas que Ña Zárate recibía debían llevarle, como presente, una asadura y un poco de tabaco, si es que querían ser bien atendidas; ella, a su vez, obsequiaba a las personas que la visitaban y le llevaban el presente, con un manojito de hojas y quelites de una mata de ayote que tenía cerca de la piedra donde vivía. Pero eso sí, advertía a quien daba los quelites, que no los viera antes de llegar a su casa; muchas personas obedecieron y cuando, ya de regreso, entraban a sus casas e iban a ver los quelites y las hojas de ayote, las encontraban convertidas en barras de oro purísimo...

Un día, un hombre pobre, sencillo y escéptico como tantos habemos en el mundo, se propuso hacerle una visita a Ña Zárate y en efecto, la hizo. Le llevó el presente indispensable y fué bien atendido por la vieja, quien le obsequió las hojas y los quelites de ayote, no sin antes advertirle que no las viera en el camino.

Pero el hombre aquel no tomó en serio las palabras de la bruja india y en el camino, a la orilla de una fuente, abrió las alforjas en que traía los quelites y lo que vió dentro de ellas fué, de un lado hojas secas e inmundicias, y del otro, sapos y serpientes

que intentaban morderle. . . Desde ese día Ña Zárate no se dejó ver más, y cuando alguna persona se aproximaba al lugar en que vivía, temblaba la tierra bajo sus pies y se oscurecía el lugar donde estaba situada su piedra.

La lora y el gato no se sabe con certeza qué suerte han corrido; pero el hijo, que tenía por nombre Estanislao y que, como dije ya, era rico por arte y gracia de Ña Zárate, aunque era bastante feo, contrajo matrimonio con una señorita distinguida de la capital. Era dueño de una hermosa y elegante casa y vivía ocioso gozando de las inmensas riquezas de su madre que le había dado como dote. En su casa recibía a sus amigos, que eran muchos, por interés al dinero que poseía, y les obsequiaba con comilonas frecuentes y fiestas pomposas. . . Ña Zárate de vez en cuando visitaba a su hijo, pero éste, que ya tenía amigos distinguidos, sentía vergüenza y bochorno que supieran sus amistades que aquella india vieja y fea era su madre, y un día que él estaba con sus amigos llegó Ña Zárate, y él la trató con desprecio y afectó no conocerla; entonces la madre le dijo a Estanislao las siguientes palabras: "Hijo, bien comprendo que te avergüenzas de que yo sea tu madre y aprecias y atiendes mejor a tus amigos que a mí quien soy quien te ha dado todo lo que posees; pues para castigar tu orgullo te hago saber: que tu mujer tendrá en breve tiempo un hijo, que ha de ser un monstruo".

Y las palabras de Ña Zárate tuvieron efecto, pues a los cuatro meses la esposa de Estanislao tuvo un hijo que causó pánico a las personas que lo

vieron. Tenía todo el cuerpo cubierto de pelo; las uñas de las manos y de los pies eran largas y afiladas; las orejas eran semejantes a las de un conejo, y en la cara se parecía a un cerdo.

Desde ese día Estanislao se entregó de lleno a la desesperación y se tornó esquivo con sus amigos a quienes no volvió a atender.

Poco a poco, una enfermedad nerviosa se apoderó de él y a los siete meses dejó para siempre este mundo. Su hijo murió tres días después que él y su mujer, que por sus riquezas era pretendida por muchos interesados, siguió de allí en adelante una conducta torcida y pronto quedó arruinada y despreciada de todos. De esta manera, quiso Ña Zárate castigar el orgullo de su hijo ingrato.

Así, cuando he recordado a Ña Zárate y la tragedia de su hijo, he pensado también que, como Estanislao, hay muchos hijos que una vez que surgen, olvidan y desprecian a sus padres...

Yo, en mis tiempos de penuria, cuando he sido azotado por las tempestades que a menudo se me han presentado en la vida, he pensado en Ña Zárate, y he deseado encontrarla en mi camino para suplicarle que me obsequie con un manojo de hojas y quelites, que a la llegada a mi casa se conviertan en barras de oro purísimo.

J. BUSTAMANTE

La Piedra de Aserri

Había una vez una pintoresca ciudad llamada Aserri, gobernada por un español ilustre y bien parecido, del cual se enamoró perdidamente la entonces famosa bruja Zárate. Él la despreció y entonces ella juró vengar aquel desaire del español.

Días después amanecía la aldea convertida en una enorme piedra, los habitantes en animales de la montaña, y el orgulloso Pérez Colma pasaba a la categoría de pavo real. La Zárate era una mujer blanca, gorda, pequeña, ojos negros y grandes, mirada fiera y maliciosa; al hablar movía mucho las cejas y salpicaba su conversación de estridentes carcajadas.

Usaba peinado de dos trenzas, su andar era cadencioso y muy dueña de sí misma imponía a todo mundo sus caprichos y también les solía curar sus enfermedades. Cuando le consultaban casos tristes les obsequiaba frutas, que al llegar a sus casas encontraban convertidas en piedras preciosas o en monedas de oro.

Después del encantamiento de la piedra, a aquel lugar se le llamó Aserri.

Nuevos pobladores llegaron a plantar allí sus tiendas sin sospechar que dentro de aquella piedra vivía la Zárate con la esplendidez de una de las sultanas de los cuentos orientales.

De noche abría la piedra y daba albergue a todos los animales; inclusive al hermoso pavo real, a quien sujeta con una cadena de oro atada a una de sus patas.

Cierta día, un señor llamado Diógenes Olmedo fué a visitar a la famosa Zárate para ver si le daba suerte y fortuna. Después de caminar seis horas llegó de noche a la piedra y cansado de dar vueltas alrededor de ella sin encontrar el medio de conversar con la Zárate, resolvió recostarse contra la piedra a esperar; pero era tanto su cansancio, que a poco rato quedó profundamente dormido.

Horas después deliraba mirando a su lado un árbol en cuyas ramas se posaron unas cuantas palomas blancas, que, al mirarlo, se acercaron a la altura de sus hombros y con una voz humana así le dijeron:

“Si quieres hablar con la encantadora Zárate, da tres golpes a la piedra y di las siguientes palabras: Busco en vano mi ideal... años caminando y siempre en pie, linda Zárate escucha y ábreme por el amor del pavo real”.

Después las palomas confidentes levantaron el vuelo simulando un caprichoso reguero de pétalos de rosas blancas.

Diógenes despertó... era media noche, se levantó y dió tres toques a la mole, al mismo que repitió las consabidas palabras.

En ese mismo instante la piedra se iluminó, tomando el aspecto de una ciudad flotante en un mar de oro y nácar; luego oyó un abrir y cerrar de puertas de bronce, ladridos de perros y risas sonoras. Punto y seguido tornóse la noche en día clarísimo

iluminando aquella campiña, en medio de la cual vió aparecer la Zárate vestida de negro, con un chal tinto cruzado por los hombros; traía entre los dedos un cigarrillo encendido y con la otra mano una cadena de oro con la cual sujetaba un lindo pavo real.

La Zárate se dirigió con mucha amabilidad hacia el pobre que temblaba de pavor y miraba aquello como quien ve levantarse el telón y principiar una tragedia.

¿Qué deseas de mí, buen hombre, en qué puedo complacerte?

Diógenes, tomando valor se acercó y la saludó con una inclinación; luego contóle su doliente historia, su viudez, sus hijos enfermos y sin pan, etc.

La Zárate, como si recordara algo, quedóse pensativa y luego dijo: ¿Cuánto tiempo hace que murió tu esposa y cómo se llamaba?

—Ella no murió, contestóle Diógenes; hace dos años salió a paseo en compañía de unas amigas; fueron a la montaña a bañarse al río y hubo misterio... , desaparecieron para nunca volver... Su nombre era Lupita Olmedo. La bruja miró fijamente a Diógenes, que en aquel momento ahogaba un profundo sollozo y no podía contener las lágrimas; acercóse a él, tomóle una mano y con un acento lleno de persuasión, le dijo: “Ya sé cuál es...”.

Luego principió a mover las cejas, aspiró el cigarrillo, lanzó una bocanada de humo seguida de una estrepitosa carcajada que enfrió la sangre del pobre hombre, y repuso: “Conmovida por tu amargo sufrir y porque me has pedido por el amor de mi ave favorita, te voy a dar todo lo que necesitas”.

Avanzó unos pasos e invitó a Diógenes a seguirla camino de la montaña. Aquella mañana estaba preciosa; el pavo real apenas sintióse libre en media campiña, sacudió sus alas, abrió con majestad el lucido abanico de su cola y lanzó un alegre grito que fué saludo a todos los seres de la montaña, los árboles contestaron moviendo sus copas, los cabritos y las gacelas atriscaron alegrementé y los pajarillos quietecitos trinaron desde la enramada de los árboles.

Caminaron una hora; la Zárate iba fumando y Diógenes pensando.

Por fin llegaron a una planicie donde se asentaba una hermosa laguna rodeada de bambús, toronjos y limoneros.

La Zárate se acercó a un toronjo y tomando una cantidad de sus frutos le dijo: "Toma, aquí tienes el alimento de tus hijos". Diógenes abrió la alforja que llevaba y las echó dentro.

En aquel instante una bandada de palomas blancas posóse sobre los bambúes. La Zárate las contó, eran doce; luego dijo: Puedes marcharte ya; esas palomas te darán mañana una sorpresa muy mía.

Diciendo esto, miró con aire de triunfo a Diógenes, repitió sus alegres carcajadas y seguida del pavo real se lanzó a la laguna y desapareció entre las aguas...

Regresó el pobre hombre pensativo y desilusionado llevando sobre los hombros un cargamento de toronjas y en el alma la promesa de una mujer coqueta y repugnante.

¿Para qué tanta fruta inservible y tantas palabras vanas?

Divagando así llegó a la mitad del camino; el peso de aquellas frutas le abrumaba tanto, allí no más, a dos pasos, estaba un despeñadero; nada más fácil que abrir una de las alforjas y vaciar su contenido aliviándose de aquel peso: seis toronjas rodaron por el precipicio hasta caer al río y desaparecer...

Más aliviado prosiguió su camino, sus hijos lo divisaron, echaron a correr hacia él y le acariciaban preguntándole qué les había mandado la señora Zárate.

Diógenes fingiendo alegría les contó que ella les mandaba unas hermosas toronjas para que se divirtieran jugando y que al día siguiente llegarían doce palomas blancas a darles una sorpresa muy agradable. Los niños no durmieron esa noche pensando en madrugar para divertirse con las lindas toronjas y atrapar las palomitas que vinieran a sorprenderlos.

Al día siguiente las toronjas amanecieron convertidas en toronjas de oro puro, y más tarde Diógenes y los niños percibieron el eco de ladridos de perros, pisadas de caballos y clamoreo de voces femeninas; todos se lanzaron a la calle y cuál no sería su sorpresa al ver que regresaban las doce paseantes que una mañana, felices fueron a la montaña y no regresaron.

Lupita Olmedo venía adelante galopando para estrechar pronto a sus hijos y a su inconsolable es-

poso; aquel encuentro inesperado fué el desborde de la felicidad.

Y contaban que la Zárate, al verlas bañándose en el río, tuvo la ocurrencia de convertirlas en palomas blancas que formaban su corte de honor.

En cuanto al pavo real, le tiene prometido que tan pronto consienta en ser su esposo, le devuelve su forma primitiva; pero el honorable andaluz dice que para conservar su abolengo es preciso resignarse a ser pavo real prisionero, antes que esposo de la hechicera en libertad.

Aquí termina la historia de la piedra de Aserri y de la encantadora Zárate, la cual—dejando entre paréntesis el encantamiento de la piedra y el amor no correspondido del ilustre Bayardo—fué en realidad una buena mujer que practicó la caridad con sus semejantes, al extremo de colocar su nombre como ninguna, pues la leyenda la inmortaliza y el pueblo, de generación en generación, trasmite sus hechos prodigiosos y bendice su nombre.

R. QUIRÓS

La Cruz de Caravaca

Cuatrocientos metros al Norte del templo de Los Angeles, en Cartago, por la calle que conduce a San Rafael y pocos pasos antes de llegar al río Seco, se ve a la izquierda, bajo un techo sostenido por cuatro pilares, una cruz de granito que lleva el nombre de "Cruz de Caravaca".

Oscuro está su origen por la poca observación y gran desidia de nuestros antepasados, pero nuestra curiosidad ha dado con la siguiente tradición:

Una familia de Marines, natural de Panamá, vino de aquella ciudad y se instaló al otro lado del río Seco, límite del pueblo español llamado Churrucá o Chircagres (San Rafael), y el caserío fundado en 1653 por Juan Fernández de Salinas, con negros y mulatos, llamado "Puebla de los Angeles".

Estos Marines iban muy a menudo a Panamá a traer telas finas que eran vendidas en Cartago a precios fabulosos. En uno de estos viajes, allá por el año de 1790, trajeron a Costa Rica un médico llamado Luis Esteban Curti, persona de suma instrucción para aquellos tiempos oscuros: era entendido en Física, Ciencias Naturales, Farmacia y sobre todo, hábil prestigeador.

Se hospedó en casa de dichos señores y allí vivió por espacio de algún tiempo. A este célebre médico se le deben los primeros esfuerzos por curar el lázaro que se propagaba de una manera asombrosa

en el barrio de la Churruca; fué el primero en reconocer esta enfermedad incurable y declararla contagiosa.

En el mismo dormitorio del doctor Curti dormía un niño de pocos años, quien una noche al desvestirse el médico, logró observar que tenía rabo, curiosidad que no pudo ocultar el indiscreto chiquillo, y que refirió a sus padres; desde aquel día le tuvieron desconfianza y temor.

Los hospitalarios creían oír también, en el cuarto del señor Curti, aleteos de aves y otros ruidos extraños. Una noche, el chiquillo que lo acompañaba, salió gritando del aposento y aseguraba haber visto en la cama del médico un perro negro, lanudo, con los ojos chispeantes; la familia se puso en movimiento a esa hora, pero sólo encontraron en el aposento al señor Curti que dormía profundamente.

Aquella gente supersticiosa e ignorante, creyendo que tal individuo tenía pacto con el diablo, le ordenó que abandonara inmediatamente la casa y salió de allí en medio de insultos y anatemas del vecindario. A los pocos días se declaró una epidemia en aquella vecindad y sus habitantes morían casi instantáneamente, quedando las casas completamente desiertas. Se aseguró entonces que el doctor Curti, para vengarse, había enterrado en el lecho del río Seco un corazón humano y que por eso había venido aquella epidemia; mientras reducían a prisión al doctor Curti y era enviado por tierra a México, en medio de una guardia, para que lo juzgara el Tribunal Inquisidor, se recurría con fervor y entusiasmo a pedir a la Virgen de los Angeles, por

medio de misas y peregrinaciones, la desaparición de aquella plaga aflictiva.

Llevaron con gran solemnidad y pompa a dicha Virgen y la colocaron en el altar cerca del río, en donde le cantaron misa y letanías encaminadas a conseguir misericordia divina. La plaga terminó y entonces el pueblo agradecido hizo votos de llevar allí todos los años a la Virgen de los Angeles para hacerle las mismas ceremonias y en aquel lugar se colocó una cruz que llevara el nombre de Caravaca.

J. GRANADOS

1902.

La leyenda del Cerro de las Cruces

Contaban los antiguos, que en lejana época, un indio salió de Nandaime, de Nicaragua, su pueblo, y se dirigió a Costa Rica llevando por todo equipaje tres huevos. Al pasar por la laguna de Apoyo, echó al agua uno de éstos. El segundo lo dejó en el templo de la ciudad de Nicoya y el último lo llevó hasta Cartago, donde lo escondió en la Iglesia de Nuestro Señora de los Angeles.

Un padre santo que allí residía, descubrió las maniobras del indio, lo exorcizó y confesó, y pudo asimismo destruir el huevo dejado en la iglesia de Los Angeles en el preciso instante en que una diminuta sierpe trataba de escaparse de él. Luego corrió a Nicoya, pero al llegar allí, encontró otra sierpe ya muy crecida, y como no pudo matarla, la echó amarrada en la laguna que, en esos remotos tiempos, ocupaba la cumbre del cerro llamado hoy de las Cruces, por las señales sagradas que se colocaron en lo más alto, para mantener en respeto al apocalíptico monstruo. Mientras tanto eso ocurría, la sierpe del huevo abandonado en la laguna de Apoyo había llegado a ser indomable y el padre no pudo cogerla.

De regreso a Nicoya, dejó prescrito que cada año se bendijese el cerro, en medio de grande romería, para que la sierpe allí presa se mantuviera mansa.

Sucedió una vez que un padre se descuidó en ir el día acostumbrado a bendecir el cerro, y a los pocos días, la sierpe alborotada enredó su cola por subterráneo conducto, con la del monstruo de Apoyo, y en sus esfuerzos por desasirse, produjo terremotos

tan horrendos, que parecía el Cerro de las Cruces próximo a hundirse. La gente atemorizada se llevó por fuerza al padre hasta la cumbre y los estremecimientos se calmaron como por encanto.

Desde aquel entonces nunca dejaron de subir un día fijo y con gran concurso de fieles, para precatarse con ruegos y bendiciones de tan tremendos sucesos.

Aseguraban también nuestros antepasados que la laguna es subterránea y que atrae al rayo, lo que explica las furiosas tempestades eléctricas que suelen desencadenarse sobre el cerro.

De éste baja una quebrada seca, pero que cría peces, y tanto ésta como los mismos bosques que cubren las faldas están encantados, pues hace pocos años aún vivía en la villa una ancianita que contaba cómo, siendo ella muchacha, iba allí con su abuela a buscar cacao: al pie del cerro se quitaban los rosarios, y apenas entrados en él, doquiera encontraban guacales de plata, de cacao, de carne, y otras cosas buenas, allí colectadas por las almas de los difuntos que vagaban por los montes.

En prueba de la verdad de esta relación, se recuerda que en todas las quebradas de Nicoya hay grandes cacahuetales, nacidos por las semillas recogidas por las almas de los difuntos. Y, aunque lo digan los incrédulos de nuestros días, es error grande creer que nuestros montes no están poblados aún, pues los habitan los caribes hechiceros, que no se dan a conocer, porque cuando se les acerca un cristiano, se tornan jabalíes o cariblanco.

H. PITTIER

La leyenda de la Parroquia

La luna, medio velada, ilumina suavemente los ruinosos muros de la Parroquia de Cartago; esta luz tan tenue que hace a la errante neblina aparecer como un difuso algodón, finge como si llorara sobre los muros de recio granito, donde la yedra empieza su obra de tapizadora, de artista y de poeta que, con sus hojas verdes, borda, sobre todas las ruinas, la flor de las leyendas viejas y pone en ellas una vaga y melancólica sonrisa del pasado.

La ciudad, esta ciudad de Cartago tan severa y tranquila que a pesar de sus transformaciones y de vivir tan con la época, no ha podido desprenderse de cierto aspecto de arcaico aristocratismo y vieja adustez, está silenciosa como el claustro de un convento; a veces resuenan, sobre las aceras embaldosadas, los pasos rítmicos de un hombre que se aventura por las calles desiertas o se escucha el lejano trotar de un caballo que se aleja y cuya silueta se esfuma allá, en el final de la calle, borrada por el algodón de la niebla blanca de la luna.

Con cierta emoción trasponemos los muros de la ruinoso iglesia que no se concluyó; hay dentro de nosotros algo que se asombra una vez que hemos penetrado al recinto encinturado por los sillares de granito de las paredes: aquí el silencio es más hondo y los ojos escrutan con avidez por los rincones donde las sombras se acurrucan esperando encontrar

no sé qué vanas quimeras, no sé qué visiones de leyendas, no sé que cosas raras de ilusión, de encantamiento.

Los muros se levantan con la severa imponencia de la piedra silenciosa, suntuosa y aristocrática: en ráfagas pasa el viento del Este, frío y cortante y mueve las enredaderas que cuelgan en los arcos de las ventanas y las puertas, despertando en ellas un ligero murmullo y poniendo en las hojas verdes, sembradas de campánulas blancas, temblores nerviosos. Pespuntando los muros con el hilo invisible de su vuelo una lechuza va pasando alrededor de la arruinada fábrica, entrando por el ojo de una ventana, saliendo por el de una puerta, volviendo a entrar.

Sobre nuestras cabezas se abre la curva gris de cielo nublado; no llegaron los cartagineses a ver su templo concluido, cerrado con artístico techo; cuando ya los muros se terminaban, cuando iba a empezarse la labor de la techumbre y su artesonado, que según los diseños sería obra complicada y hermosa, vino el espantoso cataclismo de 1910. La Párrroquia en construcción, aquellos muros de granito, aquella arquitectura que tiene el aspecto de obra formidable, no tuvo fortaleza suficiente para resistir la tremenda sacudida, y por distintos sitios las grietas se abrieron en las paredes, hendiéndose los sillares de piedra en sus juntas de argamasa y cemento. Por segunda vez, los fieles cartagineses veían frustrado su intento de hacer el templo parroquial de la ciudad en aquel sitio. Otra ocasión, ya al concluirse el templo, al igual que en 1910, la natura-

leza había arruinado la obra; todos los sacrificios hechos, todo el esfuerzo y la fe acumuladas en levantar el sagrario, fueron destruidos. Se volvió a reemprender la obra y volvieron las fuerzas ocultas de la naturaleza a sobreponerse y dominar el esfuerzo y el deseo de los hombres.

Recordamos, en presencia de estas ruinas, mientras el pájaro noctámbulo va volando de uno a otro hueco, una vieja leyenda, una tradición que narraban, al amor de los tizones del fogón hogareño, viejos habitantes de la provincia: es un cuento de la época colonial que se fué repitiendo y desfigurando en los labios de los sucesivos tradicionalistas. Dicen que aquí, en la puerta de entrada del viejo templo que fué en Cartago el primer santuario que albergó la piedad vecinal, por rivalidades de amor, una noche oscura de la capital de la colonia, cuando no había alumbrado alguno en las calles, un fraile cosió a puñaladas a un hombre. Desde ese infausto momento pesa sobre el lugar una maldición, desde entonces no ha habido más santuario, ni lo podía haber, desde que las manos del eclesiástico se tiñeron con sangre, desde que los dedos de aquellas manos, consagradas por el divino oficio eucarístico de bendecir y elevar la hostia blanca y santa, en vez de hacer el gesto ritual, se agarrotaron fieramente sobre el pomo de un puñal que brilló trágicamente a la luz de las estrellas mortecinas y lejanas, y se hundió sobre el pecho de un hombre, desgarrándole la carne, haciéndole saltar la sangre en calientes gotas y arrebatándole la vida. Así es la leyenda; hay quienes la repiten con lujo de detalles, hablando de la da-

ma y sus devaneos, contando cómo eran de bellos sus ojos negros, cómo era de henchido su busto, cómo de flexible su talle y cómo de frescas las rosas que florecían en sus mejillas; como la heroína de los tiempos galantes de Felipe II, la dama de esta historia engañaba a su marido, setentón y achacoso, con el fraile confesor y el apuesto alférez de las milicias reales, concurriendo, tapada y misteriosa, a las citas furtivas; y como aquéllas, tuvo en sus coquetterías el epílogo novelesco de un crimen y de una maldición eterna.

¿Pero, qué hay de cierto en la leyenda? ¿No habrá sido ella el invento de un conversador de buena cepa que en un feliz momento de imaginación la fué armando para solaz y complacencia de los contertulianos, entre los cuales había lindos rostros de damas y nobles expresiones de viejos hidalgos?

Aquí, dentro del recinto amurallado del templo que no llega a terminarse, nada hay que recuerde la leyenda trágica; nada, ni la cruz, ni una inscripción, ni un fantasma que hayan visto los ojos medrosos. Al contrario, aquí parece que nunca hubo vida, tal la paz que impera en estas ruínas llenas de silencio, sobre cuyas piedras empieza a correrse un manto de musgo y una invasión de yedra milagrosa. Todo habla de paz: el granito de los sillares, la cruz tallada en la piedra, la moldura de un arco, la cabeza de un ángel esculpida en la ventana. Silencioso el sitio donde iban a levantarse las torres que debieron albergar las campanas sonoras, el lugar que debió ocupar el órgano armonioso de potentes bajos y claros agudos y el que debió ser Altar Mayor y sancta

sanctorum del templo suntuoso. Sólo de vez en vez, entre la niebla que va espesándose y va borrándolo todo, confundiéndolo en una opacidad uniforme, suena el silvido de la lechuza que va despunteando los muros con el hilo invisible de sus vuelos.

J. VARGAS C.

Edición nacional de La Tribuna
1924

El Tesoro del Nosara

Aseguran los pescadores del Nosara que en las noches silenciosas de verano, cuando la luna parece como una pálida bailarina en la inmensa alfombra azul, han oído los llantos y quejas de una mujer que vaga por el río, como en busca de algo perdido en el seno de aquellas aguas turbulentas.

Algunos creen que es la Llorona, otros que una vieja bruja que recorre los playones del río asustando a los pescadores, pero Ñor Laureano Villegas, un viejito que vive por esa región, me ha contado que en Nosara no existen brujas ni llorona, que lo que allí hay en realidad, es un tesoro enterrado hace 500 años por los caciques de Nicoya.

El año pasado fuí a Nosara; fuí a visitar a Ñor Laureano Villegas y a conocer esa fértil región que se extiende desde Cerro Brujo hasta el Océano Pacífico.

¿Queréis que os cuente algo del Nosara?

No podré hacerlo en la forma sutil y amena de los cronistas, ni con el lenguaje florido de los poetas, pero si perdonáis mi castellano tosco y escueto, os diré algo de esa rica zona de la Península Nicoyana.

Nosara es un encanto y una promesa. Allí se pueden admirar los más bellos paisajes; allí se respira el aire fresco de la montaña; allí podréis ver el Nosara murmurante, dándole vida a esa región

y desembocar, después, tranquila y serenamente en el Océano Pacífico.

Todavía me parece que estoy en aquellos bosques de corpulentos espabeles y de innumerables palmeras; todavía me parece oír el canto de las alondras en el fondo de aquellas espesas y solitarias selvas.

La tierra de Nosara es negra, fértil; es la tierra que nos espera, para que trabajemos, para que abandonemos esa vida oficinesca y pensemos en el campo donde encontraremos salud, tranquilidad y riqueza.

* * *

En el fondo de esas montañas está la casita de Ñor Laureano; parece un nido de gorriones. Es una casita humilde, de techo de paja y forrada con caña de bambú; allí no hay comodidad para el viajero, pero sí encontraremos cordial acogida y sinceors amigos.

Ñor Laureano tiene ya 70 años. Vive acompañado de sus nietos Juan, Nicolás y Luisa, pues Aniceto, su hijo único, vive lejos, allá en Arío, y Ña Timotea, su amada compañera, hace tiempos pagó tributo a la tierra. Juan y Nicolás son dos buenos muchachos. Se levantan a las cuatro de la mañana, afilan el hecha y el cuchillo y después que toman el desayuno se van a los campos de labranza. Luisa es una morena encantadora. No sabe bailar fox trot ni charleston, pero sí sabe levantarse de madrugada a moler maíz, a hacer los oficios de la casa y a cuidar cariñosamente a su abuelito.

Vidas ejemplares! . . .

Una tarde, cuando ya el sol se escondía detrás de los montes envuelto en celajes purpurinos, sentados en un banquito de madera conversamos con Ñor Laureano larga y detenidamente.

Fué aquella tarde de enero cuando Ñor Laureano me habló de las cosas más íntimas de la vida: de sus pasados y buenos tiempos cuando tuvo sus primeros amoríos, de su llegada al Nosara con Ña Timotea, de las milpas y de las leyendas de la tierra.

Fué entonces cuando me contó la historia del Tesoro del Nosara. Es una historia sencilla que ahora desempolvo de mi memoria, y la cuento si el recuerdo no mi traiciona, tal como me la contó Ñor Laureano.

* * *

El cacique de Nicoya se había propuesto aquel año a que la primera de las tres grandes fiestas anuales que los choro-tegas celebraban en honra y gracia al sol, excediera a todas las que se habían celebrado hasta aquella fecha en solemnidad y pompa.

Al efecto habían enviado mensajeros a invitar a sus vasallos, los caciques de Canjel, Curú y Zapance.

De todas partes acudieron los invitados, y al caer de la tarde de aquel hermoso día de agosto principiaron las fiestas conforme a los deseos del Gran Cacique de Nicoya.

Los indios de Chira que llevaban viejas rencillas y rivalidades con los de Nicoya, quisieron

aprovechar aquella fiesta para caer inesperadamente sobre sus enemigos y llevarse así los objetos de lujo del cacique nicoyano.

En diez piraguas y al mando de Nacaome, guerrero diestro y valeroso, desembarcaron en la costa de Nicoya cincuenta guerreros de Chira, al amanecer del día veinte de agosto de aquel año.

Los chorotegas habían pasado la noche bailando y bebiendo chicha, y no se acordaban de sus enemigos.

Nosara, la hija del cacique de Nicoya, descolaba entre las demás por su hermosura, gracia y donaire. Enamorada de Eurime, joven guerrero de Curú, se había entregado con éste a los deleites del amor.

El sol fué apareciendo sobre las crestas de las montañas, y los nicoyanos no hacían más que beber chicha y bailar, cuando los gritos de guerra y el silbido de las flechas les anunció que los guerreros de Chira entraban en aquel momento.

Hubo confusión y terror. Las mujeres huyeron a los bosques y los hombres no sabían qué hacer. Nosara adivinó bien pronto el plan de los chireños y levantando a su amante le dijo: "Vamos, amor mío; salvemos el tesoro de mi padre". Llegaron al palenque; el cacique, embriagado, dormía profundamente. Nosara cogió la tinaja donde se guardaban las águilas, abejones y caimanes de oro, tomó el arco y la flecha y huyó con Curime a los bosques.

En aquel momento entraba Nacaome. Llegó al palenque del cacique, encontró a éste dormido, hizo

un registro minucioso, pero no encontró el ansiado tesoro.

Desesperado hizo prisioneros a todos los nobles so pena de matarlos si no le decían dónde estaba el tesoro de Nicoya. Una vieja agorera le dijo que Nosara se lo había llevado, y que ésta había huído con Curime. Avido de riquezas, mandó cinco guerreros a perseguir a Nosara. ¡Viva o muerta!, les dijo, con el laconismo de un espartano.

Nosara huyó todo el día con su amante. Cansados se sentaron en el tronco de un ojoche, ya cuando la noche cerraba sus negras cortinas. Pero los indios de Chira seguían sus pisadas, y no haría media hora que Nosara se había sentado a descansar, cuando oyó los gritos de sus perseguidores. Nuevamente emprendieron la huida.

Corrieron toda la noche. Al amanecer llegaron a las márgenes de un río. Qué hacemos con este tesoro?, preguntó Nosara a Curime.

—Voy a enterrarlo,—contestó ésta,—puede ser que nuestros perseguidores logren alcanzarnos y si se apoderan de nuestras personas, que no se apoderen de los tesoros de mi padre.

Y sin pensarlo más se internó en la montaña a enterrarlo. Curime la esperó largo rato en los playones del río. Por fin la joven volvió a reunirse con su amante, pero en aquel momento cayeron sobre ellos los guerreros de Chira. Nosara quiso huir, pero cayó mortalmente herida por una flecha. Curime corrió igual suerte.

Los guerreros de Chira, por más que lo bus-

caron, no pudieron encontrar el tesoro que Nosara escondió o enterró en aquellas montañas.

* * *

En las noches silenciosas de enero, me contaba Ñor Laureano, se oían en Nosara quejas y ruidos extraños. Pero no es la Llorona, es el tesoro que enterró hace quinientos años la hija del cacique de Nicoya.

El tesoro está allí en Nosara. Pero no lo busquéis en las entrañas de la tierra, como los egiptólogos; el tesoro está allí en esas montañas de tierras fértiles, que sólo esperan a los hombres de trabajo para devolverles el sudor convertido en espigas.

M. A. VIDAURRE

("El Renacimiento").

Origen de la denominación «El Paso de la Vaca»

¿Que qué origen tiene la denominación El Paso de la Vaca? Me lo contó un anciano: y “si non e vero, e bien trovato”.

San José era una ciudad “pichoncita”, tanto que las casas, al igual que las primeras plumas, iban apareciendo aquí y allá, entre verdura y sosiego. La gente fraternizaba un tanto, pero de lejos. El rudo trabajo apenas les permitía el tiempo de hacer la colación en familia, rezar el rosario, y cuando más, antes de recogerse, salir a la “tranquera”, ese parloir campesino donde lo mismo se compra una vaca que se acepta a un yerno, a platicar con los escasos pasajeros.

Los domingos asistían todos a la misa, y las comadres hallaban la única oportunidad de charlar, mientras regresaban en compañía de las vecinas.

Por aquella época—la de ese cuento—se tenía como ahora, mucha veneración por los santos, y era difícil que en cada casa no se hallaran algunos, aunque fueran en pintura.

Sobre todo los San José eran imprescindibles; con la ventaja que lo mismo servían para la fiesta del patrono, que para figurar en el indispensable portal de fin de año.

Las mujeres, pues, tenían todos sus camarines en que alojaban muellemente las adoradas imágenes,

y era de verse la solicitud con que limpiaban y acicalaban al Niño Dios o pegaban un cuerno o una oreja,—como ahora,—al buey o la mula, si la humedad se había atrevido al sacrilegio.

Y acertó darse la vuelta por aquí un escultor que venía de Guatemala, recomendado al señor Cura de Cartago, sumamente hábil en tallar madera.

Todos a una quisieron proveerse de santos de bulto. Pero la desgracia era que el escultor cobraba caro.

No hubo más que una casa, de unos tales Abarca, que pudiera costear los suyos; y el artista se quedó y los hizo, precisamente al acercarse el fin de año.

He aquí que las comadres salían una mañana a misa, despechadas por su pobreza, y una dijo:

—Vayan a ver el portal de Ñor Abarca...

—¿Qué tales resultaron los santos?

—Son bonitos pero yo creo que no los pueden bendecir.

—Y eso...

—Pues no va el fuerero ése y le hace los animales imperfectos!, en vez del buey y la mula, hizo la mula y una vaca. Y es que como a todos los Abarca los llamaban “bueyes”, el viejo dijo que o le ponían tetas o no pagaba...

—Sí, pero dicen que el cura les dió el permiso para que no les sirviera de mala tentación.

La noticia cundió allí mismo; y por la casa de Ñor Abarca desfiló todo San José a ver la vaca del Paso. Y como la cosa era tan singular en realidad, después había quien preguntara:

—¿Me da razón dónde vive fulano?

—Coja allí por la calle de los Abarca...

—No sé dónde vivirán...

—Hombre, aquéllos que llaman bueyes, los del Paso de la Vaca!

—Ajá. Dios se lo pague.

FABIO BAUDRIT

("El Noticiero").

La Negrita

Lectores, arrodillaos, voy a hablaros de la Virgen de los Angeles. Es un dije valioso. El pueblo está pobre, y sin embargo, no tienen las arcas del mundo suficientes valores para comprar ese dije. Talismán incomparable que así detuvo a los salvajes mosquitos invasores como paró las huestes de la epidemia mortal. Sus milagros son innumerables. Rehabilita hígados, brazos y piernas. Donde está la úlcera pone su manecita de gnomo, el tafetán finísimo de su gracia y la tez vuelve a brotar pareja con su frescura juvenil.

La tuerta siente con alborozo que parpadea su perdido ojo en la cuenca solitaria. La nariz deforme se perfila, y aquella boca que está tristemente apretada para ocultar la falta de sus perlas, siéntese de improviso sorprendida por misterioso beso que la abre, perfumada, la caliente con la sonrisa y la hace estremecer voluptuosa al contacto de un doble sartal de aljófares. Esa pequeña dama, duende amaestrado en el arte de hacer maravillas, no tiene rival. Ningún mágico del Oriente merece quitarle el zapatito breve. Ella es la primera en el taller de los portentos.

Cartago la ama con tierna locura, y Costa Rica toda la venera con profunda piedad.

Ayer fué su gran día. Ayer regresó a su camarín de La Puebla, colocada sobre la piedra dichosa, donde apareció la madrecita y al pie de la cual brota resplandeciente el agua de la salud.

La Negrita amaba aquel sitio. Ignoramos si era bosque o huerto y si lo resguardaban genios o hadas, o damas o caballeros. Pero ella amaba el rayo del sol y el hilo de oro de las estrellas que se enroscaba en aquel hueco de granito al cual descendían a beber las avecitas del cielo.

Una esclava de piel de ébano la sorprendió dormida con la boca entreabierto al roce blando de las abejas hábiles para labrar panales. Mientras la celeste bebé solía echar allí sus dulces sueños, los chiquitos pálidos de la vecindad sanaban sus fiebres palúdicas y veían sus labios teñidos en múrice con sólo gustar la miel del contorno.

La esclava de piel de ébano, corrió a su casa en busca de su petaquilla de bagatelas y llegada la noche, encerró a la niña con sus polichinelas.

Al día siguiente, ya no estaba allí la dama del gnomo. Hubo un poquito de quejas y un poquito de lágrimas; a las esclavas no les era permitido llorar ni cuando inocentes. La negra fué otra vez cabizbaja con su cantarito a la fuente milagrosa, según costumbre, y junto al hueco de granito al cual bajaban a beber los pájaros del cielo, descubrió lleno de infantil alegría su precioso amuleto. Entonces la ciñó con su cantarito a la fuente milagrosa, según costumbre. Llegada la noche, la puso otra vez a dormir con sus muñecas. La petaquilla quedó liada por cuatro rumbos; pero la joya de su amor ya no estaba allí cuando fué a buscarla al primer rubicundo bucle de la aurora.

La Virgen maravillosa había vuelto a la piedra dueña de aquel camanance.

El cura tomó razón de aquel suceso extraordinario.

Dió a la escultura de piedra el rango que le convenía entre los Dioses y desde entonces, la Reina de los Angeles es nuestra gran abogada. Preguntad si cupo ayer en la ciudad de Cartago la gente devota, y pensad que la leyenda tiene más de tres siglos.

Pío VÍQUEZ

Mano de Piedra

Poco antes de llegar a la desierta ranchería de Térraba, hay un paraje denominado Mano de Tigre. Es un lugar absolutamente deshabitado y sin importancia. Pasé por ese sitio en varias ocasiones sin que nada me llamara la atención e ignorante de su nombre, hasta que en una, llevándome a pocos metros a un lado del camino, me enseñó mi acompañante una piedra grande sobre la cual se ve una ligera impresión que tiene semejanza con la huella de la mano de un tigre enorme.

Oí entonces esta leyenda:

“El Misionero español Fray Antonio de Margil, pasó en tiempos muy pretéritos por estas soledades. Andaba catequizando indígenas a los cuales aconsejaba y socorría en toda forma. Era un sacerdote ejemplar: bueno y humilde, desinteresado y valiente.

Acompañábale un mozo que conducía la mula portadora del equipaje. Habiéndoles cogido la noche aquí, resolvió no seguir y pasarla en este sitio, al abrigo de la pequeña y vieja tienda de campaña que traía. Se durmieron profundamente. La mula maniatada, quedó pastando por allí cerca.

—¡Vé a traer la mula!, ordenó Fray Antonio al amanecer.

....Al poco rato volvió el muchacho intensamente pálido y aterrorizado.

—¡Viera, padre, un tigre grandísimo la mató y se la está comiendo!

Presuroso el misionero llegó al lugar de la tragedia y exclamó imperativamente:

—¡Tigre feroz, sírveme ahora de bestia de carga!

Para ser cargado con mayor facilidad apoyó sumiso el tigre las manos en una piedra cercana.

Poco después vieron las montañas estupefactas al tigre felino, cuyos tremendos rugidos las había hecha estremecerse de espanto tantas veces, conduciendo mansamente el equipaje del humilde misionero.

¡En recuerdo del milagro una de las manos de la fiera quedó estampado en la piedra!

LEÓN VARGAS

La leyenda del Barba

Los Conquistadores

Bueno, ¿pero y el Barba? Ya casi me olvidaba de lo que os voy a decir, perdido en el recuerdo de lo que os voy diciendo.

¿Sabéis que arriba del Barba hay una laguna? Enclavada en la cabeza del gigante, como si el diablo le hubiese dado un puñetazo para contener su orgullo y evitar que se alzara más de sus dos mil ochocientos noventa y ocho metros.

El puñetazo se hundió en la cabeza del monte y le abrió el cráneo. Formóse en él una hoya rodeada de altas rocas acantiladas y negras.

Pero el cráter, porque ha debido serlo en otro tiempo, está hoy lleno de agua, lo ocupa una linda laguna.

¿Sabéis por qué? Os lo voy a decir. Sé que vuestros profesores de geografía os dirán que las vertientes laterales, que convergen al centro de la hoya, descansan sobre un subsuelo de roca, poco permeable, que detiene las aguas de las precipitaciones y las hace brotar en innumerables manantiales que van llenando la taza de esa fuente.

Así explican vuestros profesores de geografía todas estas cosas, como si no hubiera secretos más hondos que los que guardan los libros de geografía.

Os voy a contar la historia de esa laguna, tal como la sé.

Hace muchos años, ya lo sabéis de sobre, que la fe de un marino gallego, de Pontevedra, vió surgir de los mares de Occidente esta tierra americana, por él no sospechada siquiera, y que al decir del poeta, Dios puso en su camino para premiar la fe de sus empeños.

Ya sabéis que los españoles vinieron a América con una obsesión: el oro. Era una panacea.

Arrinconadas en el olvido las retortas y las redomas de Raimundo Lulio, de Paracelso y de Averroes, los viejos alquimistas, se soñaba todavía en los ríos de la fábula que arrastraban arenas y pepitas de oro y se esperaba que las montañas de este Continente fueran de oro; de oro desde la cumbre hasta la falda.

El problema era sorprenderlas.

Se sabía que el indio cambiaba las pencas de oro y las patenas también de oro por cuentas de cristal, y se esperaba volver a la Península con el burro del cuento de Alí Babá.

Pero esos españoles eran gente de otra época, quizás de otra raza más vigorosa que la nuestra, más curtida por los horrores de la guerra, más molida por los martirios de la persecución, más quemada por el sol de los mares, cruzados todos en s_on de conquista y en anhelo de gloria.

Os invito a leer un libro admirable, "Vieja España: en él os contará don José María Salaverría toda la heroica grandeza de esa tierra de conquistadores, toreros, místicos, bandidos y poetas.

Pues bien, aquellos hombres no llevaban entonces, como hoy nosotros, mosquiteros, ni provisiones

conservadas, ni impermeables de goma, ni aparatos para medir distancias y tomar direcciones. Eran locos que se iban monte adentro con un tasajo de carne en el morral y un valor temerario en el corazón.

No iban rastreando el trillo, como hoy hacemos. Se lo abrían a tajos. No iban salvando el barranco y vadeando el río; se despeñaban aquí y cruzaban a nado allá. Como lagartijas fantásticas sobre las rocas, cruzando ríos, saltando abismos, trepando peñas; mordidos por el diente de la fiebre aquí, atajados por la zarpa de la fiera allá, contenidos por el colmillo del reptil en todas partes y acechados siempre por la azagaya del indio moreno y valeroso.

Enfermos, hambrientos, desnudos, iban a veces a lo largo de las costas buscando un caracol para prolongar el martirio, al decir del historiador.

Iban así, grabando en todas partes su huella victoriosa, dejando una bandera y una cruz, en la cumbre de un monte, elevado, o en las aguas de una mar, hundidos hasta el pecho. Una bandera y una cruz. La patria y la fe.

La leyenda. Dos de estos españoles, perdidos en los rincones de estas montañas, subieron hasta la cumbre del Barba.

En la cima la casualidad les cerró el paso y la fortuna les ofreció una sonrisa magnífica.

Tras un amontonamiento de rocas sueltas y desordenadas encontraron un tesoro. Los indios en fuga habían recogido allí sus haberes: los espejos de oro que se colgaban al cuello, las patenas, las

hachas, las águilas de oro pesado, macizo y bien batido.

El sol guiñaba los ojos a aquel puñado de oro que chispeaba como una maravilla salida de un cuento de las Mil y Una Noches.

Estaban redimidos de tan largo calvario.

Pero por la ley fatal, supremas alegrías van seguidas de supremas angustias.

Uno de aquellos buscadores de oro no pudo más. El hambre, la fatiga, la enfermedad le habían roído.

Todo aquel oro, capaz de hacerle feliz, sólo podía darle la angustia de sentirlo escaparse de sus manos temblorosas con la agonía de Tántalo.

El conquistador estaba conquistado.

El soplo de la muerte avivó la llama de la fe, la fe de España, la fe de la raza.

—Hermano, me estoy sintiendo morir... no tengo familia en Zaragoza... toma mi parte de ese tesoro, busca a tus compañeros y vuelve con ellos a ese monte donde habrás de enterrarme...

Levanta allí una ermita a la Pilarica.

El compañero juró cumplir la manda. Enterró bajo la tierra virgen aquel cuerpo y lió el oro en sus maletas.

—Locuras de beatos, se dijo, resuelto a no dar cuenta de aquéello.

—Al diablo con la Pilarica... ella está más rica que yo.

Su carcajada fatídica sonó en el monte como una maldición.

Echó a andar.

Anduvo.... Anduvo...

Anduvo casi toda la noche y todo el día siguiente.

Pero por más que anduvo no pudo salir del monte.

Cansado, dominado por la fatiga quedó dormido bajo una sombra amable. Cuando fué el despertar, vió, con ojos de espanto, que el sitio en que se hallaba era el mismo de donde había salido. Aún estaba a su lado la tierra recién removida que recogió al amigo. ¡Horror!... Abría espantado los ojos, para darse cuenta perfecta.

De pronto, sobre las rocas, una bellísima muchacha, fresca como las aguas del arroyo, hermosa como las flores de la montaña, apareció vestida de majestad serena.

El conquistador la miró sin comprender y ella, ocultando entonces el rostro sobre las manos, comenzó a llorar.

Loco de admiración y de sorpresa, corrió hacia la encantadora aparición y cayó a sus pies para hablarle.

Lloro, respondió la zagala, por los hombres sin fe, por los que no saben cumplir la promesa empeñada.

—¿Pero tú sabes...? ¿Quién eres tú...? ¿Cómo te llamas?

—Pilar, dijo la niña, y su llanto caía tan copioso que por obra de milagro y de encantamiento iba llenando la quietud del monte.

—Te haré el templo, dijo el español; te haré

el templo con su oro y con el mío, pero si me prometes sacar de esta montaña.

—Gracias, replicó Pilar, así no quiero yo devotos.

Su llanto había llenado la depresión del monte casi por completo y Pilar fué deshaciéndose lentamente, misteriosamente; como envuelta en una niebla, cada vez más y más sutil, esfumada en las tintes del paisaje. El pobre hombre miró a todos lados. Nada había. Nada. Por todas partes el mismo silencio reinaba en la montaña.

Como loco comenzó a gritar:

—Pilar... Pilar... Pilar...

El eco de su voz resonaba en las peñas.

—Pilar... Pilar...

Algún pájaro burlón respondía a lo lejos con las flautas de su charla.

La fiebre, la fatiga, el hambre, la desesperación....

Así murió aquel miserable, demente, cargado de oro y desfalleciente de hambre y de congoja, dando vueltas en torno a la laguna y voceando eternamente:

—Pilar... Pilar...

Cayó al fin, trágico y desfigurado, sobre la misma tierra removida que recogió al amigo.

Si gritáis en la montaña del Barba oís que responden dos, tres, cuatro voces; no creáis que es el eco, es el español que anda en pena buscando su salida del monte.

Poned cuidado...

El viento trae siempre las mismas sílabas fatídicas.

—Pilar... Pilar...

* * *

Pero la Virgen tiene su Santuario.

En las noches de luna y de misterio, cuando hasta el viento parece andar de puntillas para no meter ruido, el que va a dormir solo, eso sí, enteramente solo al corazón de la montaña, ve levantarse del fondo de la laguna, una iglesia gótica. Ñor José vió una vez las agujas magníficas, la ojiva de los ventanales y oyó las campanas echadas al vuelo.

Es la victoria, es la Catedral de la Virgen del Pilar, la fe que se levanta triunfadora sobre todas las falacias de los hombres.

L. DOBLES SEGREDA

1922

La Bandera de Costa Rica

Una distinguida dama josefina arregló una preciosa leyenda acerca del origen de nuestra bandera:

“Una joven muy linda dormía sobre los mares. Unos blancos de Oriente vinieron y la despertaron. Luego le dieron el nombre de Costa Rica por sus riquezas.

Esta joven encontrábase sin ropaje y pidióle un vestido a un viejo astrólogo que vivía en una cueva, en sus montañas vírgenes.

Pero como aquél no poseía nada digno para la joven, la tomó de la mano y la condujo a la cima de una colina; levantó su cayado y desprendió un pedazo de cielo, una nube blanca que corría hacia el Occidente, una franja roja que cubría el sol poniente, y se los entregó a la joven para que se envolviera. Así quedó formado nuestro pabellón tricolor”.

A nuestra bandera le debemos respeto; ella nunca se cansa de decir que somos libres y trabajadores, estudiosos y pacíficos; hagámonos acreedores a sus palabras.

MARCELINA DE LORÍA

La leyenda del Tesoro de la Isla del Coco

Señor Redactor del Pacífico:

Al retiro en donde vivo hace más de un año, olvidado de Dios y de los hombres, ha llegado el rumor de que se proyecta una expedición a la isla del Coco para buscar el tesoro enterrado por los piratas. Esta noticia me obliga a revelar un secreto que había pensado llevar conmigo al sepulcro. Helo aquí, señor Redactor: el tesoro fué encontrado el 3 de mayo de 1910 por dos individuos: uno de ellos es el que esto escribe; en cuanto al nombre del otro me lo reservo por razones que expondré más adelante. En marzo de ese año me encontraba yo en la vega del río Jesús María excavando sepulturas de indios, y ya había recogido buena cantidad de cacharros, hachuelas e ídolos de piedra, cuando una mañana mis dos peones desenterraron un esqueleto que por su tamaño y por la forma del cráneo no parecía pertenecer a la raza indígena. Sorprendido por el hallazgo hice remover cuidadosamente la tierra de la sepultura y apareció una daga muy oxidada y luego un tubito de hojalata bien conservado.

Dentro de él encontré un pedazo de papel amarillento, como de dos decímetros cuadrados, sobre el cual estaba dibujado un mapa. Era el contorno de una isla, trazado con tinta azul, sin detalles ni más nombre que el de Wafer en la parte inferior y una calavera en el ángulo superior izquierdo. Debajo

del mapa estaba escrito en tinta roja: h. boulder, 150 y N. 10 y E; luego estos tres nombres en columna: Wilson, Danbury, Mortimer.

Con rápida intuición adiviné la realidad y sentí latir el corazón violentamente. No cabía duda: aquél era el plano de la Isla del Coco, la reconí por su forma regular y por la palabra Wafer, una de sus pocas bahías. La h. quería decir hight, alto, y la inscripción significaba: del peñasco alto 150 yardas al Norte y 10 yardas al Este, distancias indicadas en el plano por una línea delgada con una perpendicular más pequeña en su extremo. Una crucesita roja sobre esa segunda línea señalaba el lugar donde estaba enterrado el tesoro; y los tres nombres del margen eran acaso los de los piratas poseedores del secreto. Si alguna duda podía quedarme, la disipó aquella calavera pintada en el pergamino como membrete, insignia de los corsarios. El esqueleto pertenecía probablemente a alguno de ellos, muerto tal vez en el saquea de la antigua Esparza.

Seguro de no equivocarme, y en un estado de excitación que Ud., señor Redactor, podrá imaginarse, me fuí al día siguiente a Puntarenas a estudiar los medios de realizar mi expedición sin despertar sospechas. La cosa no era fácil; la isla dista unas 200 leguas de la costa, e ir a ella en el vapor del Gobierno era como publicar a voces mi secreto. Pero tampoco era posible hacer el viaje en un vote y mucho menos solo.

El Diablo hizo que el hotel me encontrara con X., josefino desocupado, que había sido mecánico, boticario, empleado y jugador. Ninguno más a pro-

pósito para llevar a cabo mi idea. X, había trabajado como maquinista en los vapores del Golfo, había ido tres veces a la Isla del Coco, y era audaz e inteligente. ¡Maldito sea! Celebré con él una larga entrevista, le enteré a medias de mi descubrimiento, sin mostrarle el mapa y convinimos en que él conseguiría con un amigo una magnífica gasolina acabada de llegar al puerto y partiríamos pretextando una excursión por la costa del Golfo Dulce.

Una serie de contratiempos nos impidió poner por obra el proyecto; pero al fin en la noche del 30 de abril nos encontrábamos a bordo del vaporcito, con combustible y provisiones para ocho días, dos picos, dos palas y dos excelentes escopetas. ¡Qué emoción cuando al amanecer del día 1º de mayo nos encontramos fuera del puerto! La costa se iba esfumando en la lejanía y la embarcación hendía las verdes olas, casi como una flecha.

En la tarde el mar se puso un poco picado y pude advertir cierta inquietud en el rostro del infame X.

—¿Teme Ud. que sobrevenga la tempestad? le pregunté.

—No, me contestó, pero creo que hemos perdido el rumbo. Es muy difícil encontrar esa maldita isla.

¡Qué noche, Dios mío! Las olas y el cielo parecían de tinta, el viento soplaba con violencia y la frágil embarcación subía y bajaba como un caballo en una carrera de obstáculos.

Al amanecer, X consultó sus instrumentos y me dijo que no estábamos tan extraviados como ha-

bía creído; a la tarde la isla estaría a la vista y eso favorecía nuestros planes, pues era mejor arribar de noche sin ser notados por los colonos.

Como a las dos de la tarde un pico negruzco surgió de las aguas, ¡era la isla!, poco a poco fué apareciendo la cima de las verdes montañas y al caer la tarde pudimos divisar una ensenada, ¡la de Wafer, la bahía del tesoro!

Anclamos en ella ya entrada la noche, y como a las 11 desembarcamos con todo sigilo, provistos de una brújula, una cinta métrica, algunas estacas, una linterna sorda, picos y palas. No nos costó mucho encontrar el peñón indicado en el plano: era una roca negruzca que descollaba entre sus vecinas. Orientados por la brújula comenzamos a medir escrupulosamente las 150 yardas al Norte y por fortuna encontramos el terreno libre de malezas. Tres veces repetimos la operación para estar más seguros y luego procedimos a medir las 10 yardas al Este. Confieso que cuando clavé la estaca en el punto deseado, el corazón se me saltaba del pecho. La noche era oscurísima y una llovizna persistente calaba nuestros vestidos: pusimos manos a la obra y cavamos por espacio de dos horas sin resultado alguno. Mi compañero desalentado iba ya a soltar su herramienta cuando se me ocurrió escarbar un poco más a la izquierda. De pronto el pico chocó contra algo duro que produjo un sonido metálico. Acercamos la linterna, quitamos la tierra con la pala y apareció a nuestros ojos la tapa de un cofre forrado con bandas de hierro oxidado. La impresión fué tan grande que permanecimos un rato como petrificados; luego mi

compañero forzó la tapa con el pico y entonces ¡Dios mío! la luz de la linterna cayó sobre algo que brillaba como millones de estrellas. ¡Custodias incrustadas de brillantes, cálices de oro, tachonados de perlas y rubíes, barras de oro y plata, onzas y escudos, joyas y mil objetos valiosos arrebatados a las colonias españolas, robadas en el Perú, México y Chile! Saqué el reloj; eran las tres de la mañana del 3 de mayo de 1910.

Como era imposible levantar el enorme cofre, llevamos a la lancha nuestra preciosa carga en varios viajes y a las tres y media de la mañana zarpamos silenciosamente de la isla. A bordo hicimos el recuento de nuestro tesoro; mi compeñero como jugador y perito en el avalúo de joyas, estimó que por lo bajo nuestro tesoro valía dos millones de pesos oro. A mí me parecía estar soñando. Dueño yo de dos millones de colones! ¡Cuántos planes hice en un momento! ¡Cuántos palacios fabriqué! ¡Cuántos viajes realicé aquel día a bordo de la gasolina! Era el plan de mi camarada desembarcar secretamente cerca de Tivives, ocultar el tesoro, devolver la lancha y luego dividirnos por partes iguales las joyas y el oro, embarcarnos para Europa y vender allá tantas riquezas.

La noche del tres fué borrascosa: mareado, rendido de cansancio, sacudido sin cesar por el oleaje, no pegué los ojos un momento. Al amanecer, el mar se apaciguó un poco, pero no se veía tierra alguna en el horizonte. A medio día apareció la línea azulada de las montañas costarricenses. ¡Oh fortuna!

estábamos a la altura de Tivives y al amanecer estábamos en seguridad.

Eran las seis y media de la tarde cuando divisamos la rada a donde nos dirigíamos. Pero en aquel instante el océano se agitó de una manera extraña y con rumor formidable, mientras un resplandor rojizo iluminó el cielo, un enorme globo de fuego pasó por el firmamento y fué a supultarse en las aguas del Golfo de Nicoya. Tan inexplicable fenómeno fué lo único que nos ocurrió durante la travesía. A las diez de la noche desembarcamos cerca de Tivives y después de cubrir el tesoro con ramas y algunas mantas sacadas de la gasolina, nos echamos en el suelo y nos dormimos profundamente.

Cuando los rayos del sol me despertaron miré en torno mío: mi compañero no estaba allí: miré hacia el mar!, la lancha había desaparecido! Lo comprendí todo: el infame había huido con el tesoro. Cuando llegué a Puntarenas, a pie y destrozado, la gasolina estaba allí, pero el ladrón había tomado el tren para San José. Observé que todos me miraban con curiosidad y recelo: me encerré en mi cuarto, tuve fiebre y creo que deliré toda la noche. Al siguiente día unos amigos me condujeron a la estación, uno de ellos me acompañó en el tren y al llegar a la capital encontré a mi familia esperándome afligida. Quise ir al punto en busca del traidor para exigirle lo que era mío, pero me lo impidieron mis parientes. Protesté, di voces, referí a gritos lo ocurrido, me supetaron, forcejé. Después no supe de mí hasta que me encontré en la celda número 910 del Asilo Chapuí en donde he vivido un año sin más

compañía que mi libro favorito, el Escarabajo de Oro, de Edgar Poe.

En cuanto al villano estafador, al miserable ladrón, voy a . . . señor Redactor, cuando oiga contar que un millonario ha sido despedazado por una bomba o descuartizado a hachazos y su palacio reducido a cenizas, puede Ud. estar seguro de que me he escapado del Asilo y sabrá entonces el nombre del que desenterró conmigo el Tesoro del Coco en la madrugada del tres de mayo de 1910.

CARLOS GAGINI

("Cuentos Grises").

El Aparecido

Terminada la molida, se soltaron los bueyes. El bagazo seco, en la hornilla, principió a arder y calentar el caldo de caña; un rato después salía el humo blanco de las pailas que momentáneamente parecía llenar el negro galerón. Los atizadores acarrear la leña y el bagazo, y mientras el combustible va desapareciendo poco a poco, todos se reúnen alrededor de las pailas para calentarse. Lluve con fuerza y hace frío.

Principian los cuentos:

—Yo digo, comienza uno, en que hay que creer o reventar.

Yo no creo en el cadejos, pero en los espantos sí, porque los he visto y voy a contarles dónde.

El año pasado, por el mes de octubre, me fui a trabajar a Nuestro Amo, y cuando iba en la propia cruzada de Juan Cascante, donde hay una casucha de zinc, sentí un tufe muy feo. Era ya muy pasada la media para las siete y me di prisa para pasar ligero por aquel lugar tan sólido. Apenas había caminado unas varas oí que me llamaron y yo que vuelvo a ispiar y voy viendo tamaño fantasma

blanco que se movía, mismamente como el humo que sale de una paila.

—¿Y qué hiciste?

—Pues, hombré, quise juir, pero sentí trabazón en las corvas y diónde que podía moverme. Después le vi la cara, arrugada, con los ojos saltados y amarillos y moviendo mucho las manos. Me se fué acercando, y yo quise sacar la cutacha, pero las manos estaban como ese garrote. Como estoy ispiando acá así estaba lo que era, y saben qué me dijo?, que estaba en pena todavía, que debía una promesa y que si yo le quería hacer me decía dónde estaba enterrada una gran mochila de plata.

Yo nada le pude icir porque estaba trabao.

De la cerca, aunque me costó mucho, corté dos palos para hacer una cruz; hombré, ni por esa se fué el confizgao; m'inqué, le recé unas letanías y me dijo que con eso iba a seguir penando, que le dijera si hacía la promesa o nó. Le pregunté, pero qué me costó, por la clasia de promesa y me dijo que era llevar una gran piedra en la cabeza de Alajuela a Cartago... Ni por los diablos—dije yo—si quiere otra cosa, bueno, pero si no, quién va a aguantar esa vaina!

Pues, hombré, como pude saqué la media de guaro de las alforjas y me la zampé; a poco vi un humarascal y oí un gran ruídal, y cuando aclaró,

¿saben dónde estaba? pues en el propio bajo, junto a la tranquera de Mano Sisclo.

Por eso les digo, que yo creo en espantos, porque lo vi así, como estamos aquí viendo esa leña. La promesa no la he hecho, quién va a ser tan tonto para quebrarse el gañote, cargando una gran piedra?

—Pero eso es ser uno mal corazón—dijo otro—vos debiste hacer esa promesa, esas son ánimas en pena, que andan buscando algún cristiano que las saque del purgatorio.

—Pues que las saque otro, yo ni a pedradas.

JAMES OSCOFF

(“Páginas Ilustradas”).

